

AMANDA LABARCA H.

DON DIEGO BARRROS ARANA,
IMPULSOR DE LA CULTURA

(En el sesquicentenario del Instituto Nacional)

EVOCAMOS con respeto y admiración la vigorosa obra de Don Diego Barros Arana en estos días en que se celebra el sesquicentenario del Instituto Nacional. En la mitad borrascosa del siglo XIX chileno su personalidad se yergue como una alta y atrevida torre. Un faro. La luz que proyectan sus calidades extraordinarias de historiador, maestro y publicista han dejado no poco en sombras aquella que dice relación con sus empeños tenaces e infatigables para levantar el nivel de cultura de la juventud, para encaminarla al noble goce de las ciencias y las letras, esclarecer su criterio y alejarlo de toda estrechez. Sobre este aspecto de su personalidad queremos referirnos hoy.

Quien estudia su trayectoria se asombra de la multiplicidad de sus intereses, de su capacidad ciclópea de trabajo y de su constante impulso para hacer participar a los otros de la cosecha de sus investigaciones. Es muy popular la oleografía del sabio encerrado entre sus infolios. No le cuadra a don Diego. Las puertas y ventanas de su estudio permanecieron siempre abiertas a los que se acercaban. Del zumo de sus lecturas, estudios y observaciones comunicó a todos. Corrieron paralelas su sed inextinguible de superación intelectual y su generosidad de sembrador. Convencido de que el trato con los mejores espíritus nos ennoblece a todos, lo empleaba para conducir a la verdad a quienes fueran sus lectores o sus discípulos.

Por tres vertientes bajaron al llano sus inquietudes: como publicista fundador, director y redactor de revistas literarias y colaborador asiduo de la prensa; como dirigente educacional y maestro, y como historiador.

Fundaba revistas y si era necesario las dotaba con su pluma y su dinero. ¿Cuántas? Innúmeras. *El Museo*, dado a luz semanalmente desde junio a diciembre de 1855, comienza la serie. Algunos de sus números fueron íntegramente escritos por él. Participó en el *Correo Literario* (1858), en la *Revista del Pacífico* (1861), más tarde en la *Revista Chilena*, siempre en los *Anales* de la Universidad y muy a menudo en *El Ferrocarril*.

Esa incansable largueza para difundir sus conocimientos, para brindar a todos sus conciudadanos la cosecha que reunía en sus lecturas e investigaciones, se revela con claridad cuando escribe en la portada de su REVISTA CHILENA: "La que comenzamos a publicar aspira a servir de órgano al movimiento literario de nuestro país... Hacemos un llamamiento a todas las personas que en Chile se ocupan de ciencias y de letras y les pedimos su colaboración... Pretendemos (además) ponernos en contacto con los otros pueblos americanos, hacer llegar a ellos los estudios de nuestros escritores y dar a conocer en nuestro país el movimiento literario que en ellos se desenvuelve... (1875)".

Por lo general sus artículos versaban sobre temas históricos, pero hay además muchísimos que se refieren a obras de variada índole escritas por sus contemporáneos y que él leía apenas se editaban. Prueba de ello, entre otras, son sus *Cartas Literarias* dirigidas desde Europa a su amigo Benjamín Vicuña Mackenna. La novela española y francesa, la lírica de ambos países, las obras más conspicuas de sociología que se estaban produciendo en el continente, todo fue objeto de su interés, de todas hizo dádiva a la juventud.

La universalidad de sus intereses intelectuales se revela en las múltiples acotaciones hechas a obras como *La Anatomía Comparada* de Thomas H. Huxley, de *El viaje de un naturalista* de Carlos Darwin, *Los Orígenes de la Francia contemporánea* de Taine, *Los Lunes* de Sainte Beuve, las novelas de Pérez Galdós que recién aparecían y aun a las *Poesías Líricas* de J. A. Soffia. Asombra la certeza de sus juicios y la sencillez con que los emitía. Sobre los *Episodios Nacionales*, dice: "Su mérito no puede ocultarse a ningún observador... Ha contado los hechos históricos con la mayor naturalidad, con una notable soltura de estilo y los ha engalanado con incidentes creados por su imaginación que los embellecen dándoles más colorido y realce...". Piénsese que esto se halla escrito en 1875, cuando eran muy pocos los que en América y en España conocían la existencia de este gran novelista. De don José Antonio Soffia se expresa de esta manera: "Ha cantado a la patria y a sus héroes, al amor, al genio, a la naturaleza, a la fe, con entonación vigorosa a veces, tierna y delicada otras; pero a nuestro juicio su verdadera superioridad está en los recuerdos del hogar y de

la familia que le han merecido odas de un mérito notable. Recomendamos sólo dos: *Las cartas de mi madre* y *Recuerdos de la aldea* que respiran espontaneidad y sentimiento. . ."

Indiscutiblemente su afición más tenaz arraiga en los hechos históricos. Esos artículos publicados, la mayor parte entre la tercera y quinta décadas de su vida, fueron los peldaños de su obra monumental. Aunque seguramente ya bullía en su espíritu el deseo de escribirla, aún no había resuelto iniciarla. Sin duda que no es perfecta. Ninguna obra humana podrá serlo jamás. Pese, sin embargo, a sus detractores de hoy, su *Historia de Chile* constituye el más alto monumento a los esfuerzos y logros de nuestros mayores.

Los artículos periodísticos, a los cuales nos estamos refiriendo, fueron quienes maduraron a Barros Arana para redactar esta obra máxima, los que le dieron fe y confianza en que sería capaz de acometer esa empresa cuando —como él mismo lo expone— ya había cumplido sus primeros cincuenta años. Es que para realizar una gran obra hay que planearla como si fuésemos eternos, aunque sepamos que podemos morir mañana.

No es el momento ni soy la persona más preparada para analizarla aquí. Lo que deseo subrayar es que esa Historia completa, prolija y documentada como es, no fue escrita solamente para deleite y estudio de los doctos. Su composición, su estilo, su forma narrativa están diciendo a las claras que su intento fue poner los hechos del pasado en conocimiento del gran público. Un país que no nutre sus impulsos de hoy con los jugos de los hechos de ayer, vive al día y ni siquiera tiene en que apoyar sus esperanzas. El juicio sereno, su altura y su firmeza espirituales para traducir el pasado, han servido para que el ciudadano de hoy sienta que las dificultades, las pobrezas y las desventajas con que lucha ahora, fueron las mismas que con tesón y patriotismo tuvieron que enfrentar y vencer sus antepasados.

En la función directiva de la docencia y en su papel de educador, nos dio sus textos de estudio y sus nuevos planes para la formación intelectual del adolescente. Es la misma semilla pródiga arrojada ahora en el campo de la enseñanza.

Estos afanes suyos tuvieron por escenario el Instituto Nacional. Es bien difícil para el público de hoy aquilatar lo que entonces significaba este plantel. Célula matriz de toda la educación estatal chilena era en el año 1863, es decir, hace justamente un siglo, un colegio en que medraban aun los hábitos disciplinarios y las actitudes pedagógicas de los establecimientos coloniales. De los trece Rectores que el Instituto había tenido entre los años 1813 y 1860, siete habían sido eclesiásticos que trataban de imponer en el Instituto iguales nor-

mas que en los seminarios preparatorios a la carrera del sacerdocio. La querrela de las generaciones no se realizaba en sus patios entre criterios paternos y filiales, sino entre las exigencias de los abuelos y las aspiraciones de los nietos. Las sublevaciones de los alumnos tomaban caracteres de escándalo y de refriega campal, y de ello no se libraron, incluso, los maestros más conspicuos. Y así era también de arcaica la enseñanza, totalmente memorística y basada en textos que procedían de la Europa de fines del siglo XVIII. Añádase a ello que en el Instituto de esos tiempos se mezclaban externos e internos, niños de 8 años y muchachotès de más de 20 que hacían sus estudios universitarios, puesto que todavía entonces la Casa de Bello era un símbolo más que una realidad. Los cursos superiores (mal delineados aún) para formar sobre todo abogados se llevaban a cabo dentro del Instituto Nacional y con la ayuda de sus precarios instrumentos didácticos.

“En enero de 1863 —nos relata don Diego— fui nombrado Rector del Instituto Nacional. Aunque mi nombramiento tenía sólo el carácter de interino, por cuanto mi antecesor no había presentado su renuncia, así el Presidente de la República, don José Joaquín Pérez, como el Ministro de Instrucción Pública, don Miguel María Güemes, me autorizaron ampliamente para introducir en la enseñanza secundaria todas las reformas que juzgara convenientes. En efecto, empeñándome en mejorar la parte literaria de la segunda enseñanza por la introducción de métodos mejores y de textos elementales más adecuados, contraje particular atención a la parte científica, dando más desarrollo a los ramos que entonces se enseñaban muy elementalmente y creando la enseñanza de otros que eran desconocidos en nuestros colegios y entre ellos la historia natural en sus tres secciones y la Geografía Física”. (Biografía de Phillippi, pág. 115 de la edición de 1914).

Hoy día se nos aparece perfectamente lógica la existencia de las Ciencias Naturales en los planes de segunda enseñanza. A nadie se le ocurriría imaginarlas inmorales, innecesarias o fomentadoras de herejes. Sin embargo, tales fueron los denuestos que acompañaron su introducción en 1856 en los planes de estudio. Fue una tempestad política y pedagógica. Política, porque a su introducción se oponía el partido conservador y, pedagógica, porque también eran sus detractores aquellos dirigentes de colegios fiscales y privados que no contaban con el profesorado idóneo para enseñarlas. Añádase a ello que el titular de la cátedra en el Instituto Nacional fue el sabio alemán don Rodolfo Armando Phillippi, quien, dentro de las innúmeras lecciones que desarrolló, introdujo un comentario sobre la teoría de la Evolución. Esto y que los diarios de oposición lo tildasen de hombre-

mono, todo fue uno. Arreciaron las polémicas. Como siempre, no basándose en lo que realmente dijo, sino en lo que quisieron suponer sus oponentes. Todavía sufrimos de esa táctica. Don Diego respaldó con energía y sin desmayo sus convicciones de educador, para quien el conocimiento de las leyes, de los fenómenos de la biología física y la química eran parte integrante del alimento que requería una mente juvenil. El decreto se derogó, pero no tardaron cuatro años más para que se pusiese de nuevo en vigor y ya para siempre.

Esta batalla por la introducción de las ciencias físicas y naturales en el programa de los colegios fue, sin duda, otra de las causas que más tarde determinaron la lucha a favor de una apócrifa libertad de enseñanza y la destitución de Don Diego de su puesto de Rector del Instituto. Lucha sin cuartel que no abatió ni hizo variar su trayectoria.

La reforma de los planes de enseñanza y la introducción de nuevas asignaturas implicaban la necesidad de nuevos textos. Don Diego acometió la tarea de escribirlos. Fueron textos que sirvieron por más de cincuenta años y que propagaron el nombre de su autor y de Chile por toda la América de habla hispana. Se los consagró como textos oficiales en más de uno de nuestros países hermanos. Me refiero muy especialmente a su *Historia de América* y a su *Geografía Física*. Más singulares, por encontrarse fuera de la órbita acostumbrada de sus experiencias y estudios, son su *Manual de Composición Literaria* y sus *Nociones de Historia Literaria*.

De lo que significó el paso de Don Diego por la educación chilena en el tercer cuarto del pasado siglo dan fe las palabras de otro de nuestros máximos maestros: don Valentín Letelier.

“Cuantos nos educamos en el Instituto Nacional... recordamos claramente el empeño inflexible y perseverante que ponía el señor Barros Arana para extirpar las prácticas rutinarias... de una enseñanza que por torpe, no sabía hablar más que a la memoria de los educandos, dejando en completo olvido la educación de las demás facultades. Sus frecuentes visitas a las clases... su manera de interrogar, de enseñar y de examinar, los textos que adoptó y los que compuso y sobre todo sus insistentes consejos a profesores y alumnos, se dirigían a demostrar que un maestro no es un ministro de fe llamado a certificar un hecho, el aprendizaje mecánico de la lección, sino que es un agente activo que sabe interesar, excitar y guiar las inteligencias educandas para hacerlas que desarrollen sus conocimientos por sus propios esfuerzos...” (Valentín Letelier: la lucha por la cultura, págs. 461-362).

Por desgracia, los años últimos de la década del 60 y el principio de la siguiente fueron el escenario de luchas políticas muy enconadas.

Mientras el partido conservador se unificaba, el liberal se rompía en múltiples fracciones y el grupo de los Barros Arana, los Amunátegui, los Vicuña Mackenna se veía sin prensa cotidiana, ni respaldo en los altos bufetes del estado. Don José Victorino Lastarria, testigo y actor de la época, nos lo refiere con prolijos detalles en los capítulos x y xi de sus *Recuerdos Literarios*. "El movimiento literario independiente ha dejado de ser sistemático —dice— (pág. 432 de la edición de 1885), carecía de un centro de unión... Entretanto, el elemento conservador... que dominaba en la instrucción pública y que aspiraba también a dominar en la opinión... estaba fielmente servido en la prensa... Bajo el imperio de semejante situación se hicieron las elecciones de representantes en 1870 y las de Presidente de la República en 1871... El partido clerical entraba desde aquel momento a gobernar a Chile y estando ya de antemano adueñado de la Universidad y de las instituciones públicas de enseñanza, tenía todos los medios de completar su triunfo, una vez que dispuso del Ministerio de Instrucción Pública".

Llegamos así a los días turbulentos, casi diríamos trágicos, si la historia no nos hubiera dado a conocer su estéril aunque doloroso tránsito. Para justipreciar a Don Diego como maestro no basta referirse a su obra de Rector, reformador de la segunda enseñanza, autor de textos, impulsor de la Biblioteca del Instituto. No basta. Es necesario verlo en medio de la tempestad. Aquilatarlo por el ejemplo de entereza que dio a la juventud contemporánea. Sus palabras estaban impregnadas de su esencia de pensador libre, de hombre que oponía a la tozudez de la tradición colonial, el espíritu investigador. Muchos años más tarde, al rubricar la última página de su *Historia de Chile* lo repetía: "He buscado siempre la verdad; no he ahorrado diligencia ni sacrificio para descubrirla y la he consignado con tanta franqueza como lealtad" (pág. 386, vol. xvi). En esos días Don Diego era el símbolo vivo de la avanzada cultural, el más preclaro de sus exponentes; a él le tocó recibir los golpes más iracundos. Contra él se concitaron los ataques de la oposición hasta destituirlo. Nada hay más cierto, sin embargo, que nadie nos quiebra si no comenzamos nosotros mismos por quebrarnos. Y a Don Diego no le doblegaron ni le hicieron variar un ápice la trayectoria de su vida los ataques de sus naturales y copiosos enemigos. Digo naturales, porque todo hombre que en su derrotero desplaza magnitudes despierta celos, temores, pasiones y odios. Es natural. Son el anillo arrojado al mar para calmar los celos de los dioses; el pago de los abundantes dones recibidos. Don Diego pagó anchamente sus dones con esa cuota de sinsabores e injusticias con que trataron de cerrar el camino de su superación. No lo lograron. Los años posteriores de su vida le vieron lleno del mismo

ardor juvenil por difundir la cultura y abrir nuevos caminos al progreso de la educación. Fue maestro en la buena como en la mala fortuna. Fue maestro siempre y hasta su última hora. Y dio a su patria —cuando se cerraron para siempre sus ojos— esa lección inolvidable: la de Sócrates que bebe serenamente la cicuta, porque muere en armonía con las normas de justicia, verdad y bien que rubricaron su vida entera.